

BIBLIOGRAFÍA

- Genette, Gérard. *Palimpsestes. La littérature au second degré*. Paris, Éditions du Seuil, 1982.
- Greimas, Algirdas Julien. "Le contrat de véridiction". En *Le vraisemblable et la fiction. Études présentées au Colloque sur Le vraisemblable la fiction, Recherches sur le contrat de véridiction les 24-25-26 octobre 1974 à l'Université de Montréal*. Trabajos recogidos por Antonio Gómez-Moriana y editados por Karin R. Gürtler. Montréal: Département d'études anciennes et modernes de l'Université de Montréal, 1980.
- Nin, Anaïs. "Mallorca". En *Delta of Venus*. New York: Harcourt Brace Jovanovich, 1977.
- Ribera, Tomás. "Entrevista a Carme Riera". *Tribuna de Actualidad* (26-i-1996).
- Riera, Carme. "El reportaje". En *Doce relatos de mujeres*. Ed. de Ymelda Navajo. Madrid: Alianza, 1982, p. 181-191.
- Enlace en la red: www.barcelona2004.org (Copyright Forum2004)

SILENCIOS Y SIGNIFICADOS EN "THE SISTERS"
DE JAMES JOYCE. PARALELISMOS LITERARIOS
EN LA NARRATIVA ESPAÑOLA¹

José R. Ibáñez Ibáñez
(Universidad de Almería)

CUENTA JIMÉNEZ LOZANO a propósito de la religiosidad de Antonio Vivaldi y de Lewis Carroll de cómo en ambos personajes parecía darse un miedo al sacerdocio, un "temor y temblor" kierkegaardiano que presuntamente revelaba la alta consideración que hacía dicho sacramento compartían tanto el compositor italiano como el escritor inglés. Hablamos, en ambos casos, de dos personas de una cultura considerable y que, sin embargo, evitaban por todos los medios tener que desempeñar el compromiso que cualquier clérigo con vocación habría llevado a cabo con cierta normalidad. En el caso de Vivaldi, Jiménez Lozano (*Retratos*, pp. 156-59) nos recuerda cómo decía sentirse "aquejado de asma y terribles ahogos – "strettezza di petto", dice él– cada vez que se veía obligado a decir misa", hasta el punto de tener que abandonar tres veces el altar por esta extraña enfermedad que le impedía celebrar misa, pero no componer, ni interpretar ni viajar. Por su parte, Carroll, cuya inmortal *Alicia en el País de las Maravillas* acabó por eclipsar su propia existencia, nunca llegó a ordenarse sacerdote, alegando una presunta tartamudez, y prefirió mantenerse como diácono, quizás con el objeto de seguir así disfrutando de su prebenda profesional en el Christ Church College. Este compromiso con el hábito, la seriedad vocacional de

¹ Agradezco la ayuda recibida al grupo de investigación HUM 807, "Literatura y cultura de los países de habla inglesa", que financió, en parte, la asistencia a la XXV Asamblea General de ALDEEU (Burgos, julio de 2005).

los prelados o el incontestable peso del pecado parece haber arraigado más profundamente en el *humus* religioso de las cristiandades² de fe reformista. Ese peso del pecado, el sentimiento de angustia o el cristianismo comprometido con una interioridad sentida se observa con cierta constancia en los escritos de Søren Kierkegaard y es, incluso, apreciable en algunas obras filmicas de cineastas escandinavos, como *Los comulgantes* de Ingmar Bergman, o *Dies irae* de Carl Theodor Dreyer a la vez que, dentro del ámbito hispánico, cabe citar los escritos de Unamuno o del propio Jiménez Lozano, en algunos de cuyos relatos, los suicidios en Viernes Santo dejan entrever la profunda semántica que la pasión de Cristo tiene para aquél que busca y no encuentra respuestas a su agonía espiritual.³

Ahora bien, parece ser que en cristiandades de religiosidad barroca, la pertenencia al estamento eclesiástico supuso en determinadas ocasiones un «hacer carrera» («Iglesia o Mar o Casa Real», se solía decir en los siglos XVII y XVIII),⁴ es decir, una opción profesional económicamente bien retribuida que en muchos casos, no ocultaba una verdadera desidia vocacional. En ejemplos como éstos, no es el juego de la fe lo que se ponía en riesgo ya que era frecuente que el sujeto en cuestión jamás hubiese sentido esas inquietudes interiores al ser su elección exclusivamente profesional y no vocacional. Sin embargo, hubo otros muchos casos en los que el simple vaciamiento espiritual conllevó ciertas dosis de agonía y angustia en religiosos cuya fe, en efecto, sí era sentida.

El propósito de este estudio es ofrecer una serie de reflexiones acerca de las presuntas pérdida de fe de los protagonistas de dos

2 Me remito a la dualidad que Kierkegaard estableciera en sus escritos entre «cristianismo», como vivencia de las prédicas de Cristo y «cristiandad», la institucionalidad de dicha religiosidad y, más concretamente, su ejemplificación en la iglesia luterana danesa.

3 Los relatos donde se produce un suicidio en Viernes Santo son «El grano de maíz rojo», «La notaría», «El zagalejo» y «Frío en la garganta», todos ellos aparecidos en *El grano de maíz rojo*. Para un estudio detallado de la semántica de estos suicidios, véase la obra de Francisco J. Higuero, *La memoria del narrador. La narrativa breve de Jiménez Lozano*.

4 Citado por Jiménez Lozano en *Retratos y Soledades*, p. 156.

obras de la literatura española de la primera mitad del siglo XX como son *El cura de Monleón* de Baroja y *San Manuel Bueno, mártir* de Unamuno⁵ y el tratamiento que de una situación aparentemente similar se da en un relato breve de James Joyce, «The Sisters», cuyos silencios y poderosa simbología bien podrían hacer palidecer la presunta metanoia espiritual sufrida por Javier Olarán, protagonista de la novela barojiana. El sentimiento religioso y la semántica que supone el vaciamiento espiritual es radicalmente diferente en los tres protagonistas de las obras analizadas aquí. Se podría establecer, por consiguiente, una taxonomía que se articularía en base a los diferentes niveles o planos de fe que se dibujan en estas obras y que identifico del siguiente modo: *a)* un plano de fe epidérmico, cuyo exponente lo ilustra Javier Olarán, protagonista de *El cura de Monleón*; *b)* un plano de fe dérmico, el observado en Don Manuel, el sacerdote de la obra de Unamuno; y *c)* un plano de fe agónico, el que ilustra el padre Flynn en el relato de Joyce. En este análisis, se tendrá en cuenta asimismo el ángulo testimonial aportado por personas cercanas a estos sacerdotes, por ser éstos poderosos argumentos que nos pueden servir a la hora de calibrar la hondura de los dramas religiosos vividos por sus protagonistas.

* * *

El cura de Monleón fue publicado en 1936 si bien, debido al revuelo que provocó la historia que narraba, no volvió a ser reeditado hasta 1972, centenario del nacimiento de Baroja. La novela, una especie de *bildungsroman* religioso, narra la vida del joven Javier Olarán, personaje con una débil vocación sacerdotal a quien sus tías Paula y Micaela y su padre, don Francisco Olarán, intentan apartar del seminario, procurándole distracciones como la música o

5 Agradezco a Jiménez Lozano que me encaminara correctamente yo le diera a este relato de Joyce y su acertada puntualización de cómo los ejemplos literarios que se dan en España están «muy por debajo del listón de por ahí fuera» (comunicación personal del autor a través de correo electrónico, 5-i-2004).

las amistades, al no ver en el joven una verdadera vocación sacerdotal.⁶ En Javier prevalecen, sin embargo, una terquedad que le lleva a vivir una vocación a contracorriente, que no parece ser sentida ni interiorizada. La vividura de la fe en Javier se sitúa a un nivel epidérmico puesto que en el joven el sentimiento religioso apenas ha conseguido horadar levemente la capa superficial de todo su ser, como se prueba constantemente a lo largo de la novela. Por poner un símil, la situación de Javier se asemeja a un enamoramiento forzado, un querer creer que se está enamorado sin estarlo. A su confesor la vocación para el sacerdocio de Javier le resulta poco convincente. Sin embargo, el joven diácono rechaza acceder a una vida fácil, muy al contrario que algunos de sus compañeros de seminario cuya actitud recuerda a la morada vital⁷ de muchos españoles de los siglos XVII y XVIII: "Espíritu místico, verdaderamente cristiano, había poco. Entre los estudiantes privilegiados por su talento se notaban ambiciones de grandeza, pero no de santidad" (Baroja, p. 65). Su ambición se reduce a ser cura de una aldea vasca ya que para él, esto es lo cristiano y noble (Baroja, p. 36).

Una vez ordenado, Javier da muestras de indolencia y de escasa predisposición hacia las labores propias del sacerdocio.⁸ No le gusta tener que confesar por resultarle penoso tener que escuchar cosas terribles de adulterios y perversiones. Su escasa vocación pa-

6 A lo largo de la novela, son ciertamente constantes las menciones por parte de don Francisco Olarán quien no cree que su hijo tenga una verdadera vocación sacerdotal (Baroja, pp. 26, 31).

7 Empleo el concepto de "morada vital" (y posteriormente el de "vividura") siguiendo de cerca la definición de Américo Castro a partir de su obra *La realidad histórica de España*.

8 El semblante que se traza de Javier Olarán no parece ser exclusivo del protagonista de la novela. Son abundantes los ejemplos en donde la imagen que el texto recrea tiene que ver más con la del típico prelado holgazán y de escasa o nula introspección interior que la de un sacerdote con una vocación sentida. Así, por ejemplo, don Patricio, cura de Monleón a quien Javier visita se le describe de la siguiente forma: "El párroco era un poco pancista y no le gustaba meterse en los asuntos del pueblo. Se llamaba don Patricio. Según algunos, era hombre sin fundamento, como se dice en el país, de muy poca energía, llevado por unos y por otros, sin condición especial alguna y orador muy premioso" (Baroja, pp. 76-77).

lidece ante el fariseísmo de algunos clérigos, ante el simple contacto con la vida o, ante la lectura, intensa pero sin digerir, de determinados críticos racionalistas, de algunos protestantes liberales y de modernistas decimonónicos que le hacen perder una fe que parece nunca haber tenido. Llegará incluso a amparar sus dudas en la idea de que los vascos fueron, según leyó, cristianizados muy tardíamente (Baroja, pp. 258-89). Todas estas lecturas ocupan la última parte de la obra convertida en una febril exposición teórica, malentendida en muchos casos, de presupuestos religiosos y filosóficos que no están debidamente argumentados. Javier parece querer así justificar una supuesta pérdida de fe progresiva, pero sin dramas personales. Olarán pierde la fe, si es que alguna vez la tuvo, como quien decide dejar un mal hábito: poco a poco, con constancia, a sabiendas de que sus lecturas lograrán socavar los cimientos de su debilitada creencia. La fe se le derrumba como un castillo de naipes si bien ya es realmente paradójico saber cómo para él lo más traumático es deshacerse de su sotana, una prenda que parece haberla hecho suya:

Se va evaporando en mi espíritu los fantasmas de la religión y de la teología; pero queda el sentimiento religioso, que no sé si podré dirigirlo en otra dirección, aunque sea baja y supersticiosa [...]. Un pequeño detalle y sin valor, y que sin embargo me hace daño, es pensar que tendré que abandonar para siempre la sotana. Esta vestidura negra ha sido durante los años de mi juventud mi ilusión y mi sueño. (Baroja, 374)

Éste es uno de los muchos ejemplos en los que Javier da pruebas convincentes del escaso bagaje espiritual del cual se ha de desprender cuando llega el momento de capitular en su relación con la religión.

En la novela barojiana destaca el papel fundamental de tía Paula, quien en todo momento se mantiene al lado de Javier como asistente. La tía Paula es una mujer devota, preocupada por cuestiones eclesiásticas y cuya constancia vital gira en torno a su sobriño. Es ella quien interioriza las preocupaciones de Javier y hace suyo, a mayor escala si cabe, el drama de la pérdida de fe del joven

hasta el punto de llevarle, indirectamente, a su propia muerte. La pérdida de fe de su sobrino constituirá para ella su simbólica acta de defunción.

El cura de Monleón deja al descubierto un tratamiento banal del tema de la religión y de la fe en España. La nación queda reducida a simples estereotipos religiosos, sin profundas creencias ni grandes sobresaltos, quedando expuesto, por otro lado, un más que aparente anticlericalismo por parte del novelista vasco. A este respecto, Jiménez Lozano pone al descubierto las limitaciones de Baroja cuando aborda cuestiones relacionadas con la fe ya que, según aquél, este escritor se pierde cuando ha de articular la problemática religiosa de España con una determinada hondura teológica (*Retratos*, p. 253).

La tibieza en el tratamiento del drama religioso de *El cura de Monleón* poco tiene que ver con la complejidad teológica de *San Manuel Bueno, mártir*, cuya simbología espiritual se expresa metafóricamente con las imágenes de la profundidad del lago y la inaccesibilidad de la montaña que rodea a Valverde de Lucerna, paralelismos de la lucha agónica entre la fe de los lugareños y la duda del párroco.⁹ Aquí nos interesa el presunto drama interior vivido por don Manuel y su revelación a Lázaro, hermano de Ángela Carballino, hija espiritual del santo sacerdote y portadora, como evangelista, de su legado. Ahora bien, la vivencia de fe que tiene don Manuel correspondería a lo que con anterioridad he denominado plano dérmico de la fe. Contrariamente a la visión de Olarán, en la novela de Unamuno parece darse una pérdida de fe de su protagonista y un ocultamiento para evitar el sufrimiento de la comunidad de la que parece ser guía espiritual. La inquietud vivida por don Manuel se traduce en un sufrimiento, no a consecuencia de un vaciamiento o metanoia espiritual, para lo cual la novela habría sido la exteriorización de un drama agónico —en su sentido etimológico—, sino más bien el es fuerza intrínseco de un párroco de aldea por mantener vivo en su comunidad una creencia de la que él du-

⁹ Remito aquí al interesante estudio de Mario Valdés de las diferentes imágenes que aparecen en la obra unamuniana.

da o, simplemente, carece. El interés primordial de don Manuel es dejar que los feligreses mantengan en su interior una fe a la que a él mismo le es ajena. A este respecto, son numerosos los ejemplos en donde este sacerdote prefiere callar ante el dolor que supone tener que proclamar ante sus fieles su no creencia en la vida eterna, como sucede en el momento cumbre del credo:

Había un santo ejercicio que introdujo en el culto popular y es que, reuniendo en el templo a todo el pueblo, hombres y mujeres, viejos y niños, unas mil personas, recitábamos al unísono, en una sola voz, el Credo: «Creo en Dios Padre Todopoderoso, Creador del Cielo y de la Tierra...» y lo que sigue. Y no era un coro, sino una sola voz, una voz simple y unida, fundidas todas en una y haciendo como una montaña, cuya cumbre perdida a las veces en nubes, era don Manuel. Y al llegar a lo de «creo en la resurrección de la carne y la vida perdurable» la voz de don Manuel se zambullía, como en un lago, en la del pueblo todo, y era que él se callaba. (Unamuno, pp. 103-4)

El triunfo de don Manuel consiste así en mantener intactos en sus parroquianos una fe exenta de dudas, de creencia firme, y no un “querer creer” como el que él padece, y, asimismo, conseguir, mediante su martirio espiritual, sobrevivir en Ángela Carballino.

La duda de don Manuel en nada se parece al drama religioso de Javier Olarán y el tratamiento de ambas espiritualidades es diametralmente opuesto en los dos escritores vascos: la novela de Unamuno intenta articular un drama angustioso kierkegardiano si bien la preocupación del sacerdote no parece trascender más allá de su propia dermis espiritual. Don Manuel contempla la posibilidad del suicidio, epílogo a la existencia agónica de tantos prelados luteranos o calvinistas que perdieron la fe, pero en él el motivo no parece obedecer a razones espirituales, sino hereditarias:

Mi pobre padre, que murió de cerca de noventa años, se pasó la vida, según me lo confesó él mismo, torturado por la tentación del suicidio, que le venía no recordaba desde cuándo, *de nación*, decía, y defendiéndose de ella. Y esa fue su vida [...]. Me contó escenas terribles. Me parecía como una locura. Y yo la he heredado.

[...]. ¡Mi vida, Lázaro, es una especie de suicidio continuo, un combate contra el suicidio, que es igual, pero que vivan ellos, que vivan los nuestros. (Unamuno, p. 128)

Si bien don Manuel no llega a cometer suicidio, sí parece que haya un sacrificio espiritual del párroco de Valverde de Lucerna con el objeto de preservar intacta la fe de sus aldeanos.

Adentrémosnos en el tercer ejemplo analizado, el caso del padre Flynn del cuento joyceano "The Sisters". La problemática y profunda complejidad que plantea este relato breve que abre el volumen *Dubliners* viene en parte como consecuencia de los profundos silencios del mismo, de las frases entrecortadas de algunos de sus personajes y, sobre todo, a raíz de la narración impresionada de un muchacho, a quien no se le conoce el nombre, y cuyas dudas, inquietudes y confusiones han sido objeto de las más diversas interpretaciones, algunas de ellas tan aventuradas como alejadas de la propia crítica textual. Con gran acierto J.B. Lyons afirmaba hace ya algunos años cómo la exégesis joyceana se había convertido en "an academic game played without rules. He who kicks the ball highest and furthest wins the plaudits of the crowd even though the direction is awry and he makes no attempt to retrieve it" (p. 257).

Lo realmente extraordinario de este cuento es el consabido planteamiento enigmático del autor implícito que permite dar cabida a las más diversas interpretaciones. Ello viene, asimismo, acrecentado por el hecho de que todo se cuenta desde la mirada de un joven narrador, para quien la muerte del sacerdote amigo le sumerge en una profunda confusión. Para él todo son interrogantes sin respuestas y las intervenciones de personajes como el viejo Cotter, abren un abanico de posibilidades que multiplican la enorme polisemia de este relato.

"The Sisters" se abre con el fallecimiento del padre Flynn a consecuencia de una embolia, la tercera que sufre. El narrador, un niño muy unido por la amistad al sacerdote, ha estado durante cierto tiempo a la espera de una muerte inevitable, anunciada por el propio padre Flynn cuando con frecuencia le decía a su joven amigo: "I am not long for this world" (Joyce, p. 7). La embolia provoca en la

mente confusa del chiquillo que éste se imagine al viejo sacerdote afectado por una parálisis, vocablo que a él siempre le habría resultado tan extraño a sus oídos como las palabras *gnomon* o *simonía*.¹⁰ Con anterioridad a la visita que el chico realiza con su tía a la casa donde reposa el cadáver, se producen los comentarios entrecortados del viejo Cotter que critican la amistad entre el joven narrador y el padre Flynn. Sin embargo, el momento crucial del relato tiene lugar con la visita que el chico realiza con su tía al velorio. Las imágenes¹¹ se multiplican y los silencios y la actitud de las hermanas Eliza y Nanny, con frases defensivas y exculporias ante el cadáver de su hermano sacerdote, son lo suficientemente reveladoras como para dar a entender más de lo que ellas quieren decir.

Según se apuntó con anterioridad, la crítica joyceana ha ofrecido las más diversas interpretaciones a este relato, si bien casi todas se han centrado en la fallecimiento físico del padre Flynn en detrimento de su muerte espiritual, hipótesis señalada, entre otros, por

10 Con respecto a la interpretación de estas palabras y su equiparación con el vocablo parálisis, véase el estudio introductorio de William York Tindall en su obra *Guía para la lectura de James Joyce*.

11 Por traer a colación algunas de estas interpretaciones, William York Tindall (p. 25) no era capaz de dar una explicación plausible a las dos hermanas del padre Flynn ya que sería mucho más fácil que fuese solamente una sola y que, de ser una pobre vieja, encarnara la imagen de Irlanda o la Iglesia de Irlanda que intenta mantener una tradición muerta. Por su parte, Peter Spielberg concluye que la elección de los nombres de las dos hermanas no es fortuita. 'Eliza' es el sobrenombre de Elizabeth, es decir, de Beth mientras que Nannie lo es de Anne or Annie. La combinación de ambos es Beth-Annie, Bethany, el hogar de Marta y María, las hermanas de Lázaro. Siguiendo este paralelismo, el fallecido padre Flynn correspondería al difunto Lázaro siendo el joven narrador quien encarnara la figura de Cristo. Asimismo, es simbólico el jerez y las galletitas ('cream crackers') (alegoría del sacramento de la comunión) ofrecidas a los asistentes al velorio, incluido el muchacho, que las rechaza por temor a hacer mucho ruido cuando se las comiera (citado en J.B. Lyons, p. 259). Esta simbología remite intertextualmente a un relato corto de Flannery O'Connor, "The Artificial Nigger", en donde los protagonistas, un abuelo y su nieto, olvidan sus viandas (una lata de sardinas y algunas galletas) en el tren en su visita a Atlanta y, al igual que en el relato de Joyce, podría significar la imposibilidad de estar en comunión el uno con el otro, como así parece dejar entender el magnífico relato de la escritora norteamericana.

Bernard Benstock quien describía al padre Flynn como "...an intellectual priest, superior to the pedestrian demands of the function he is obligated to perform, who comes to losing his mind because he is seriously on the verge of losing his faith" (p. 33). Benstock sugiere el peligro de que el padre Flynn se encontrara al borde de la pérdida de fe, si bien en realidad, las imágenes y la actitud de las hermanas sugieren que esa pérdida es un hecho ya consumado.

Los comentarios del joven narrador y los otros personajes que deambulan por la casa con respecto al deceso del padre Flynn han generado durante años toda una batería de hipótesis. Así, por ejemplo, Burton A. Waisbren y Florence Walzl publicaban sus investigaciones en una revista médica llegando a la conclusión de que lo que padecía el padre Flynn era lo que por aque lla época se conocía como GPI ('general paralysis of the insane'), un determinado tipo de sífilis que afecta al sistema nervioso central. Ésta pudo haber sido la causa principal de la muerte del sacerdote, si bien suponen además que el sacerdote pudo estar afectado por esquizofrenia infantil, senilidad prematura, Parkinson o hipotiroidismo.¹² Claro está que desde el punto de vista médico, se pueden sugerir los más diversos diagnósticos si para ello los críticos se apoyan en los presuntos conocimientos que Joyce pudiera tener de medicina facilitando, incluso, los títulos de las obras a las cuales pudo haber tenido acceso el escritor irlandés. Pero para un ejercicio de crítica literaria esto no es suficiente, en parte porque lo sostenido por Waisbren y Walzl no queda corroborado con claridad en el relato joyceano, que apenas da breves pinceladas del deterioro físico y mental del padre Flynn.

Zack Bowen se decanta por una muerte causada por la sífilis a partir de los símbolos que, esparcidos a lo largo del relato y, aunque no lo menciona explícitamente, dejan entrever la posibilidad de que el padre Flynn mantuviera con el joven narrador una relación de pederastia apoyándose, para ello, en las frases entrecortadas del viejo

¹² Citado por Zack Bowen en "Joyce's Prophylactic Paralysis: Exposure in *Dubliners*" (p. 257). J. B. Lyons habla de que la causa del fallecimiento del padre Flynn fuera un "hardening of the arteries", es decir, la arteriosclerosis (p. 263).

Cotter, quien sospecha que hay algo siniestro en el sacerdote cuando alega que "there was something queer... there was something uncanny about him" (Joyce, p. 7). Asimismo, el comentario del tío del joven narrador sobre la buena amistad que existía entre el muchacho y el sacerdote es indicio suficiente para que Cotter deje sospechas palpables de la posible homosexualidad del padre Flynn:

— I wouldn't like children of mine, he said, to have too much to say to a man like that.

— How do you mean, Mr Cotter? asked my aunt.

— What I mean is, said old Cotter, it's bad for children. My idea is: let a young lad run about and play with young lads of his own age and not be... Am I right, Jack? (Joyce, p. 8)

El oscurantismo de las frases inacabadas de Cotter no parece quedar aclarado cuando, a la pregunta de la tía del niño, intenta ser más específico:

— But why do you think it's not good for children, Mr Cotter? she asked.

— It's bad for children, said old Cotter, because their minds are so impressionable. When children see things like that, you know, it has an effect... (Joyce, p. 9)

La idea de que la mente de los niños a tierna edad es muy impresionable, induce a pensar que el joven narrador ha debido de ver algo que pudo haberle marcado profundamente. Las inconclusas frases de Cotter no solamente revelan silencios y posibles encubrimientos sino que, además, parecen no tener mucho sentido para el niño cuya confusión se hace patente incluso en sueños, cuando una noche se siente asustado ante la aparición de la cara parálitica del viejo sacerdote. La posibilidad de hallarnos ante un caso de pederastia podría quedar subvertida por la reacción despectiva del niño hacia el viejo Cotter¹³ y, aunque aquél afirma cuando camina solo

¹³ Las acusaciones encubiertas e inconclusas del viejo Cotter son extremistas y parecen basadas en una educación incuestionablemente tradicional aunque, por la virulencia de sus frases, no sería disparatado sugerir un más que factible anticlericalismo en este personaje.

por la calle que la muerte del padre Flynn le produce una liberación personal, los recuerdos agradables de la bondad del sacerdote parecen imponerse, hasta dejar entrever una relación de admiración del chico hacia el cura.

Creo que la gran problemática de este relato radica en el intento de justificar una muerte física, como consecuencia de una tercera embolia, que puede tener, o quizás no, algo que ver con la muerte espiritual del padre Flynn, de la que sí que quedan poderosos indicios en este relato. Las conversaciones de los personajes que asisten al velorio revelan una enorme polisemia que parece quedar corroborada por la actitud proteccionista de las hermanas, quienes en todo momento procuran salvaguardar el honor y la imagen del sacerdote fallecido. Tanto en la novela de Baroja como en la de Unamuno, las presuntas pérdidas de fe en Javier Olarán y don Manuel Bueno son experimentadas por los propios protagonistas quienes sufren en sí esa metanoia espiritual. En el relato de Joyce, este vaciamiento teológico viene contado de modo indirecto por Eliza y Nannie quienes habían permanecido muy cerca de su hermano en los instantes finales de su vida. No hay testimonios personales por lo que la especulación aumenta desde el instante en que se encuentran el niño, su tía con las dos hermanas en el velorio. Éstas solamente aparecen en la segunda parte del cuento y, sin embargo, su presencia ha de ser importante, pues no en vano son ellas quienes dan título al relato en cuestión. Quizás habría que suponer, por consiguiente, que el meollo del asunto se encuentre en esta última parte del cuento en donde el muchacho y sus confusas interpretaciones dejan paso a una función exclusivamente narradora de lo que sus ojos observan en el velorio. El chico cede, así, la voz a las hermanas y lo que percibimos es la reproducción de lo que él ve y oye en el salón dónde se encuentra.

Como testigos directos del deterioro físico, mental y espiritual de su hermano, Eliza y Nannie pueden tener poderosas razones para encubrir lo sucedido en los momentos postreros de su vida. Algunas de sus frases son exculpatorias e, incluso, encubridoras.¹⁴

¹⁴ Para ver un adelanto de la tesis de la pérdida de fe y del presunto anticlericalismo que encierra éste y otros relatos de *Dubliners*, remito a mi ponencia

Puesto que en ningún momento hacen alusión a la agonía física de su hermano, ¿eran conscientes de su sufrimiento espiritual y mediante su actuación intentan hacerle el tránsito más llevadero? Esto podría ser lo que se deduce cuando Eliza afirma: "Ah, poor James! She said. God knows we done all we could, as poor as we are — we wouldn't see him want anything while he was in it" (Joyce, p. 14). ¿A qué se refiere Eliza con ésta última frase? Poco a poco y de forma efectiva se va exteriorizando esa posible pérdida de fe en el padre Flynn mediante una serie de imágenes extraordinariamente tratadas, cual es el hallazgo del breviario caído en el suelo mientras el viejo sacerdote permanece, estático, con la boca abierta; o los evidentes signos de abandono personal, cuando en repetidas ocasiones el ropaje del padre Flynn aparece cubierto de tabaco, como dando a entender que ya nada le importa.

El comienzo del final de la existencia física y espiritual de este sacerdote sobreviene cuando el cáliz se rompe contra el suelo: "It was that chalice he broke... That was the beginning of it. Of course, they say it was all right, that it contained nothing, I mean. But still... They say it was the boy's fault. But poor James was so nervous, God be merciful to him!" (Joyce, p. 17). La rotura del cáliz es tremendamente simbólica, al igual que lo es el hecho de que las hermanas digan que el cáliz se encontraba vacío y aludan así a que nada se había perdido. Ahora bien, ¿hasta qué punto ese vaciamiento simbólico del vino eucarístico no ha de interpretarse como un vaciamiento espiritual del sacerdote? La tesis de la pérdida de la fe en el padre Flynn va cobrando así más fuerza si cabe si se tiene en cuenta una frase ciertamente reveladora de Eliza, quien advierte que para su hermano "the duties of the priesthood was too much for him. And then his life was, you might say, crossed" (Joyce, p. 16).

El final del relato es conmovedor a la vez que desconcertante. La rotura del cáliz afecta espiritualmente al padre Flynn, según afir-

"*Dubliners* de James Joyce y *La voluntad* de 'Azorín'. Algunas concomitancias intertextuales" leída en el III Congreso Internacional de la AEDEI y publicada en el volumen *Irish Landscapes*.

ma su hermana Eliza, y es entonces cuando el viejo sacerdote comienza a descontrolarse y a vagar de un lado para el otro, como alma en pena. El rechazo a los deberes eclesiásticos se observa cuando una noche se le busca para una visita y no se le encuentra hasta que, animados por el sacristán, todos se adentran en la capilla:

The clerk suggested to try the chapel. So then they got the keys and opened the chapel and the clerk and Father O'Rourke and another priest that was there brought in a light for to look for him... And what do you think but there he was, sitting up by himself in the dark in his confession-box, wide-awake and laughing-like softly to himself? (Joyce, p. 17)

La supuesta pérdida de fe aparentemente llegó a traumatizar tanto al padre Flynn que la escena patética que describe el narrador no es sino la protagonizada por un demente, un personaje que ha perdido el respeto a los hábitos y a la santidad del lugar. Su actuación en el confesionario, sonriendo medio enloquecido, podría así interpretarse como el último capítulo a su deterioro espiritual que desemboca en la profanación del sacramento de la penitencia. El diagnóstico que el texto de Joyce ofrece de la pérdida de fe del padre Flynn le situaría en el tercer plano de fe a los que me he estado refiriendo, en este caso, de índole agónico. Para el viejo sacerdote irlandés, la pérdida de fe parece suponer una angustia interior —una sensación similar a un desenamoramiento— a la cual solamente se accede a través de las numerosas imágenes y la carga metafórica de las mismas que se hallan dispersas a lo largo de este relato.

Una vez que llega el momento final, la muerte parece suponer una liberación a una situación angustiada que le había abocado a la demencia, una especie de suicidio mental involuntario del individuo. Así habrían de interpretarse las siguientes palabras de Eliza cuando advierte que, una vez que fue asesado, “he looked that peaceful and resigned. No one would think he'd make such a beautiful corpse” (Joyce, p. 14). Quizás sea posible traer a colación, para finalizar otro paralelismo evidente entre el padre Flynn y don Manuel Bueno ya que, para ambos, el drama existencial deriva en locura, en demencia, aunque vivida desde ángulos distintos. El primero se ha

vaciado espiritualmente y la muerte implica únicamente una liberación ejemplificada magníficamente con la imagen del difunto sacerdote en su ataúd con sus manos apenas sujetando un cáliz que le han colocado. Don Manuel, por el contrario, fallece en su duda, asaltado por la tentación del suicidio. Muere como mártir y su fe, que parece no ha calado en la profundidad de su ser, no le lleva a una muerte espiritual. Su sacrificio no es en vano puesto que consigue dar vida a quienes son el vivo legado de su evangelización, sus feligreses y Ángela Carballino, quien, como evangelista, ha de dejar testimonio de la santidad de San Manuel. El último de los casos analizados aquí, el de Javier Olarán, es el menos traumático de todos ya que su drama personal no parece incidir en la delgada epidermis espiritual de la que en todo momento hace gala la novela barojiana.

OBRAS CITADAS

- Baroja, Pío. *El cura de Monleón*. Madrid: Caro Raggio, 1975.
- Benstock, Bernard. "The Sisters' and the Critics". *James Joyce Quarterly*, 4 (1966), 32-35.
- Bowen, Zack. "Joyce's Prophylactic Paralysis: Exposure in *Dubliners*". *James Joyce Quarterly*, 19, n° 3 (Spring 1982), 257-73.
- Castro, Américo. *La realidad histórica de España*. México: Ed. Porrúa, 1987.
- Higuero, Francisco J. *La memoria del narrador. La narrativa breve de Jiménez Lozano*. Valladolid: Ámbito Eds., 1993.
- Ibáñez, José R. "Dubliners de James Joyce y *La voluntad* de 'Azorín'. Algunas concomitancias intertextuales". En José F. Fernández Sánchez y M^a Elena Jaime de Pablos (eds). *Irish Landscapes*. Almería: Universidad de Almería, 2004, pp. 309-17.
- Jiménez Lozano, José. *El grano de matz rojo*. Barcelona: Ed. Anthropos, 1988.
- _____. "El Padre Flynn". E-mail al autor (5-i-2004).
- _____. *Retratos y soledades*. Madrid: Eds. Paulinas, 1977.
- Joyce, James. *Dubliners*. London: Grafton Books, 1988.
- Lyons, J.B. "Animadversions on Paralysis as a Symbol in 'The Sisters'". *James Joyce Quarterly*, 11, n° 3 (Spring 1974), 257-65.
- O'Connor, Flannery. "The Artificial Nigger". *A Good Man Is Hard to Find and Other Stories*. New York: Harcourt Brace & Company, 1983.
- Tindall, William York. *Guía para la lectura de James Joyce*. Trad. Raquel Bengolea. Monte Ávila Editores, cop., 1969.
- Unamuno, Miguel de. *San Manuel Bueno, mártir*. Ed. de Mario Valdés. Madrid: Cátedra, 1994.

EL EROTISMO DE "LA DISCRETA PECADORA,
O EJEMPLO DE DONCELLAS RECOGIDAS"
DE PALOMA DÍAZ-MAS

María José Luján
(Manhattanville College)

PALOMA DÍAZ-MAS NACE en 1954 en Madrid y allí se licencia en Periodismo y se doctora en Filología Románica. Desde 1974 hasta 1982 trabajó en el Centro Superior de Investigaciones Científicas (CSIC) de Madrid, donde se especializó en lengua y literatura sefardíes. Desde 1983 a 2001 fue profesora de literatura española y sefardí de la Universidad del País Vasco en Vitoria. En 2001 se incorporó como investigadora al Instituto de la Lengua Española del Consejo Superior de Investigaciones Científicas (CSIC), en cuyo departamento de literatura trabaja actualmente. Ha ganado diferentes premios literarios (Premio de Teatro Breve Rojas Zorrilla [1983], el Premio Cáceres de Novela Corta [1984], el Premio Heralde [1992] y el premio Euskadi [1999]) y ha quedado finalista en premios tan importantes como el Premio Nacional de Narrativa (1987) o el de Ensayo (1986). Díaz-Mas ha colaborado también en numerosos volúmenes colectivos de cuentos, entre ellos *Relatos eróticos*, editados por Carmen Estévez (Madrid: Castalia, 1990) y en el que está incluido un relato de corte erótico, quizá el único escrito por la autora, titulado "La discreta pecadora, o ejemplo de doncellas recogidas" (pp. 71- 84), y que me propongo comentar seguidamente.

La crítica ha dicho de Paloma Díaz-Mas cosas tan halagadoras como que su "prosa tiene el aroma de la buena literatura", y ella misma ha señalado: